tuna, y obligado á abandonar sus anteriores conquistas retiróse á Galacia, donde entregó el mando de sus tropas al más felice Pompeyo.

Antes de que este ya ilustre general continuase la campaña contra el rey del Ponto, había limpiado los mares de piratas que llevaban la destrucción y la matanza á todas las costas de la república y que desde hacía doce años eran el terror y el azote de los navegantes del Mediterráneo. Pompeyo, no obstante el recelo con que era visto por la aristocracia, pues que durante su consulado había restablecido los plenos poderes de los tribunos de la plebe, fué revestido de amplísimas facultades para terminar la guerra de los corsarios, y ya hemos dicho que llevó á cabo la ardua empresa con harta gloria para su nombre.

Ultima guerra póntica; muerte de Mitrídates (66-63).—Pompeyo, después de recibir el mando del ejército que había obedecido á Lucio Lúculo, acometió tan vigorosamente á Tigranes, rey de Armenia y aliado de Mitrídates, que le obligó á suscribir una paz por la que se comprometía á pagar una suma de seismil talentos, á restituir las conquistas que había hecho en Capadocia, Siria y Cilicia, y á declararse socio y amigo de los romanos.

Mitrídates huyó á la Cólquide, y siempre activo, armó á los *albaneses*, *iberos* y otros pueblos del Cáucaso; pero hasta allá fué Pompeyo que al derrotar fácilmente á esos pueblos semi salvajes sujetó las vertientes australes de los montes Cáucasos y los territorios que baña el Mar Caspio por el lado del Oriente. Luego, sin perseguir más á Mitrídates, se dedicó durante algunos años á afirmar la dominación romana en todo el Asia anterior y depuso del trono sirio á los postreros y degenerados *Seléucidas*, desmembró el reino de Judá á cuyo frente fué exaltado un sumo-sacerdote y *etnarca*, tributario de Roma, y dilató hasta el istmo de Suez los límites de las posesiones romanas en Asia Occidental.

Aprovechóse el viejo Mitrídates del respiro que le daba Pompeyo, y no sólo hizo nuevos aprestos de guerra sino que tuvo el intento de llevar la guerra á Italia abriéndose paso desde la apartada Crimea hasta los Alpes Orientales. Frustró la traición tan

atrevida proyecto, porque sus mismas tropas le cercaron en Panticapeón, obligándole á darse por su propia mano la muerte (63). Su hijo Farnaces, también traidor, comunicó la nueva á Pompeyo y fué agraciado con el título de amigo y aliado de Roma y con algunos territorios del antiguo dominio de Mitrídates, y se le dió, además, el nombre de rey del Bósforo.

Así acabó aquel monarca que había reinado cerca de sesenta años, de los que ocupó la mitad en sostener una lucha terrible contra Roma. Dotado de una naturaleza sultánica, de indomable carácter y de un temperamento ardiente que le arrastraba á odios feroces y á una desconfianza que fué luego proverbial, Mitrídates es un raro ejemplo entre los soberanos del Oriente. Su energía, su tenaz perseverancia, la magnitud de sus empresas y su infatigable actividad le colocan muy por encima de los otros reyes orientales. Cicerón, que vivió en el mismo siglo, lo proclama el mayor de los reyes después de Alejandro el Grande, y sus contemporáneos transmitieron estupendas noticias acerca de su prodigiosa memoria, de su facilidad en hablar los veinticuatro idiomas de las naciones que llegó á tener sujetas, y de su saber en la medicina y la botánica; portentos que fueron quizás exageraciones de la fama que dejó tras sí el indomable soberano del Ponto.

Pompeyo se ocupó, después de la muerte de Mitrídates, en organizar el gobierno de los vastos dominios que había conquistado para Roma, permitiendo que dentro de ellos se conservasen algunas dinastías, vasallas de la república, y á fines del año 62 regresó á Italia. Entre tanto, Roma se habia visto amenazada de grandes peligros interiores,

Cneo Pompeyo, que había llegado al punto culminante de su carrera con sus victorias en Asia, era hijo de Pompeyo Strabón y nació en 106 a J.C. Fué uno de los primeros en unirse á Sila cuando este volvió de Grecia resuelto á combatir al partido democrático. Sus proezas en aquella guerra le valieron de parte de Sila el dictado de *imperator*, y la feliz campaña que llevó á cabo en Sicilia y Africa le hizo adquirir el sobrenombre de *Magno* ó *el Grande* (79). Sus hazañas en la guerra contra Sertorio, en la de los piratas y en la ultima contra Mitrídates aumentaron su crédito militar. Pompeyo desvanecido por la fortuna que le había acompañado en sus primeras empresas, fué luego inepto para alcanzar aquello á que lo impelía su ambición.

Consulado de Cicerón; conjuración y muerte de Catilina (63).—La república romana, después de una existencia de cin-

co siglos y de una prodigiosa expansión de fuerzas, entraba ya en el período de su decadencia política, que en cuanto á poderío material siguió creciendo hasta el siglo 2.° después de J. C. La guerra civil y las proscripciones habían dado nuevos dueños á todas las tierras, de modo que la propiedad se fundaba sobre la usurpación y la injusticia. Fruto de las conquistas en Asia fué el lujo corruptor, mantenido por unos é imitado por otros, á costa de los pobres y de las provincias. La venalidad de las magistraturas obligaba á los nobles á cargarse de deudas para obtenerlas, y á resarcirse luego en las provincias y en los tribunales. Finalmente, los funestos ejemplos del poder ilimitado ejercido por los generales victoriosos, á contar desde la época de Mario y de Sila, no permitían ya apreciar en todo su valor los beneficios y los goces de la libertad.

En medio de todas esas causas perturbadoras agitábase en Roma una vez más la pavorosa cuestión agraria. La clase de los caballeros, que era la que poseía las más vastas propiedades, se esforzó por contrariar los trabajos de los partidarios de una nueva división de tierras, y logró elegir cónsules para el año 63 á Marco Tulio Cicerón y á Antonio.

Cicerón, que aparece en las postrimerías de la república, pertenecía al orden ecuestre y nació el año 106 en Arpino. Dotado de maravillosa elocuencia desde temprana edad, estudió el derecho con los jurisconsultos L. Craso y Scævola, y en el año 80 obtuvo el primero de sus brillantes triunfos oratorios en su defensa de Sexto Roscio de Ameria. Después de un viaje que hizo á Rodas y Atenas (75) entró en la carrera política yendo á Sicilia en calidad de cuestor, y alcanzando en el ejercicio de esa magistratura fama de apto, recto y prudente. En el año 70 acusó al rapaz Verres; al año siguiente fué nombrado edil, y pretor en el de 66. Cicerón en los principios de su vida política apareció como adversario de la oligarquía, pero en lo sucesivo fuese aproximando á la aristocracia con el fin de robustecer la república, igualando á la clase de los caballeros con la de los senadores. El punto más brillante de su carrera política fué la lucha contra Catilina.

El triunfo del orden ecuestre en las elecciones para el año 63 avivó los odios del partido democrático que contaba á la sazón entre sus corifeos al opulento Craso y á Cayo Julio César, de quien

luego hablaremos con la posible extensión. Pero el más hondamente herido por la victoria electoral de Cicerón fué su derrotado competidor Lucio Sergio Catilina.

La posteridad sólo ha conocido á este célebre romano por lo que dijo de él la voz de la acusación. De ilustre familia, dotado de cualidades no comunes, de gran audacia personal y de excelente aptitud como militar, tenía Catilina, sin embargo, una siniestra fama en la ciudad de Roma. La opinión publica le atribuía además de las crueldades á que se entregó durante las proscripciones como furibundo satélite de Sila, una serie de crímenes personales, revestidos de horribles circunstancias. En el año 68 había ejercido en Africa la pretura, y con tal rapacidad, que desde su vuelta pesaba sobre él un grave proceso en el tribunal del peculado. Decíase también que en el año 65 había tramado un complot para proclamar á Marco Craso dictador, pero que el proyecto había fracasado por circunstancias imprevistas.

Vencido en las elecciones, como hemos dicho, Catilina promovió una agitación que usando de términos modernos puede llamarse socialista—democrática. "Proclamóse el caudillo de los "oprimidos y necesitados, cuyo número era muy crecido en Roma "y en Italia; buscó aliados entre los proletarios, entre los que se "hallaban hundidos en la miseria desde los tiempos de Sila, y es- "pecialmente, entre los perdidos por culpas propias, que anhela- "ban la satisfacción de los placeres materiales. Todos los que creían "ganar algo en un cambio social, todos los que se veían agobia- "dos por deudas ó codiciaban nueva distribución de tierras pu- "siéronse al lado de Catilina, esperando de él que, una vez nom- "brado cónsul, les concedería todas las ventajas sociales que les "había prometido. Los veteranos de Mario se hallaban dispuestos "á ayudarle; abundaban en Roma partidarios; pero el plan fraca- "só porque fueron nombrados cónsules para el año 62 Licinio "Murena y Decio Julio Silano. Esta nueva derrota fué causa de "que la agitación se convirtiera en conjuración, y estallara des- "pués en forma de verdadera revuelta." (G. Herzberg, *Historia de Roma*).

En efecto, mientras que Manlio formaba un ejército en Fiésole (Etruria) para apoyar á Catilina, éste tramaba una vasta conjuración en Roma, cuyo terrible plan fué denunciado al cónsul en

ejercicio Cicerón por Fulvia, amante de Quinto Curio, uno de los conspiradores. El Senado, instruído de la conjuración por el mismo cónsul, nombróle dictador con la acostumbrada fórmula de que proveyera á la salvación de la república. Catilina se presentó al día siguiente en el Senado, y viéndole allí, dijo Cicerón el célebre discurso en que con vigorosa invectiva echó en rostro á aquel sus designios, manifestando saberlo todo y haber á todo puesto remedio. El temible agitador huyó entonces de la ciudad y corrió á unirse con su ejército de Etruria, en donde se proclamó cónsul por sí y ante sí.

Algunos días más tarde, los embajadores de los *alóbrogos* que á la sazón se hallaban en Roma, denunciaron al cónsul que los amigos de Catilina habíanles pedido que sublevasen á sus paisanos contra la república, y en consecuencia, Cicerón mandó prender á los senadores Léntulo y Cetego, y á los caballeros Estatilio, Gabinio y Cepario. El Senado discutió la pena que debería imponérseles: César habló elocuentemente á favor de la de prisión, pero el cónsul y Marco Porcio Catón, nieto del antiguo *Censor*, insistieron por la de muerte; y como prevaleciese su dictamen, los presos fueron esa misma noche entregados á los verdugos. *Han muerto*, dijo al día siguiente Cicerón en la agitada curia, y cuando cesó en su magistratura no juró, según costumbre, que nada había hecho en daño de la república, sino que la había salvado con su solo esfuerzo.

Las tropas de Catilina fueron cercadas en el valle de Pistoya por el cónsul Antonio y el pretor Quinto Metelo Céler. Allí se dió una batalla sangrienta, en la que después de una obstinada resistencia quedaron vencidos les conjurados, pereciendo tres mil de éstos, y entre ellos el mismo Catilina y su teniente Manlio.

PRIMER TRIUNVIRATO; CÉSAR, POMPEYO Y CRASO (60).—Pompeyo no tuvo participación ninguna en esos disturbios pues que su regreso á Italia, después del vencimiento de Mitrídates, se efectuó en los últimos días del año 62. En Octubre del siguiente [61] entró en Roma con el mayor fausto triunfal que el mundo romano había presenciado, y luego fingió separarse de los negocios públicos, es-

perando que su aparente desprendimiento lo llevaría al codiciado mando supremo. Lejos de esto, los oligarcas y la aristocracia, viéndole sin ejército y sin ningún cargo, le hicieron blanco de sus enconosos ataques obligándole á inclinarse hacia el partido de la democracia.

Eran en este los más conspícuos jefes Julio César y Craso, quienes también ambicionaban dominar á la república. Aunque enemigos en otro tiempo de Pompeyo, porque en él veían un émulo poderoso, admitiéronle á su lado y celebraron juntos una alianza que la historia llama *triunvirato*, sin que este término exprese ninguna función gubernativa dentro de la constitución romana. La unión de estos tres personajes, enderezada á concentrar sus fuerzas contra la aristocracia y á influir en los negocios públicos, se fortificó poco después casándose Pompeyo con Julia, hija de César.

Pronto se vió que este último era el genio superior que daba nuevo impulso y dirección á la política romana.

Cayo Julio César, uno de los hombres más grandes de la antigüedad, y miembro de una familia que se ufanaba con descender de Eneas y de la misma Venus, nació el año 102 (a J. C). Además de poseer un talento extraordinario, había recibido una educación esmeradísima, que hacía presentir su brillante carrera, por más que aquel bello joven de gigantesca estatura, de ojos de águila y de porte altanero, sólo parecía interesarse en los placeres de la vida, como la mayor parte de los hijos de familias acomodadas. Sila, gran conocedor de los hombres, dijo de él: *"en este joven hay muchos Marios,"* y como César, sobrino político de Mario y casado con una hija de Cinna, se resistiese á la orden del dictador para repudiar á su esposa, estuvo á punto de perecer y sólo fué perdonado por intervención de las Vestales (82). Viajó en seguida por Asia, fué huésped de Nicomedes, rey de Bitinia, y volvió á Roma algunos años después de la muerte de Sila (76). Declaróse contra los partidarios del difunto dictador y en su acusación contra Dolabella reveló su grande y fuerte elocuencia. Ofendió á la aristocracia con los funerales suntuosos que dispuso en honor de Julia, viuda de Mario, y más aun con llevar al Capitolio los antiguos trofeos del vencedor de los *cimbrios*, de allí retirados en otro tiempo por orden del mismo Mario. Fué sucesivamente edil, tribuno militar, sumo pontífice, cuestor, y en la época de su alianza con Pompeyo, tenía asiento en el Senado, se había distinguido en España en calidad de propretor, y aspiraba á la dignidad consular.

César en las Galias (58—50).—El partido de la democracia elevó á César al consulado (59), y aunque la aristocracia pudo darle por colega á Calpurnio Bíbulo, éste fué completamente neutralizado por el ascendiente del primero. En el año siguiente (58), César fué nombrado procónsul, por cinco años, de las Galias *cisalpina* y *narbonense* con el mando de cuatro legiones. Antes de alejarse de Roma convino con Pompeyo y Craso el destierro de dos hombres importantes del Senado, Catón y Cicerón. Publio Clodio, malvado personaje que había subido al tribunado por la protección de los triunviros, se encargó de esa ingrata tarea, y fácil le fué expatriar á Cicerón que se dirigió al Asia Menor, y obligar á Catón á ejercer una misión odiosa en Chipre, lo cual era un disimulado destierro.

César marchó á las Galias en Marzo del año 58 llevando el atrevido proyecto de extender los límites de la Galia *narbonense*, ensanchándolos con la conquista y romanización del territorio de los *celtas* hasta el Océano. Entró el intrépido procónsul á la cabeza de cinco legiones en la Galia *transalpina* cuando los *helvecios* en número de 380,000 se habían movido en dirección al Occidente, decididos á invadir las posesiones romanas. César les cortó el paso del Ródano, obligándoles á torcer su rumbo hacia el Saona, y tras una persecución activísima los derrotó por completo, y forzó á los cien mil que escaparon con vida á volver á sus revueltas montañas (58).

En el mismo año los romanos destrozaron en las orillas del Rhin á las tropas germanas del caudillo Ariovisto, y por primera vez las armas de Roma se reflejaron en las verdes ondas de aquel río. César continuó sus conquistas hacia el Norte, y durante el año 57 dominó á todos los pueblos *belgas*, no sin sostener sangrientas batallas en las márgenes del Sambre y del Mosa. Sin dar descanso á sus legiones dirigió una larga, difícil y al fin victoriosa campaña contra las tribus de la región llamada hoy Normandía y las de los *vanetos* que ocupaban gran parte de la comarca oriental, en tanto que su hábil teniente Publio Craso sometía la Aquitania y llevaba las águilas de Roma hasta las fronteras de España (56). Más animoso con sus continuas victorias, César atravesó el estrecho de Calais al frente de dos legiones, desembarcó en *Britania* (Inglaterra), derrotó varias veces á los caudillos de ese país, y después de firmar la paz con el principal de aquellos, volvió al continente (55-54). La conquista de Bretaña quedó reservada á otra generación, consiguiendo entonces César destruir las relaciones que existían entre los galos, celtas y britanos.

Prorogóse á César el mando por otros cinco años y fueron aumentadas sus tropas con cinco nuevas legiones (54). Pompeyo recibió el gobierno de España que dirigía desde Roma, y Craso obtuvo el de Siria. Este último, codicioso de mayores riquezas, marchó al Oriente con un brillante ejército y emprendió una difícil campaña contra los *partos*, en la que fué derrotado y él mismo perdió la vida (Junio del año 53).

Al mismo tiempo, una formidable sublevación de los pueblos galos recien conquistados cundía con espantosa rapidez desde los Pirineos hasta el Rhin, y enormes masas armadas atacaron rudamente á las legiones dispersas en tan vasto territorio. Los *Druidas* (casta sacerdotal de los celtas) dirigían el movimiento insurreccional, y ordenaron la matanza de todos los comerciantes romanos que á la sazón se hallaban en *Genabum* (Orleans). Vercingetorix, noble y valiente caudillo de los *arvernios*, púsose al frente de los galos de Occidente, y á pesar de su bravura no pudo impedir que César se apoderara de Avarico (Bourges), donde fueron pasados á cuchillo cuarenta mil habitantes (52). Más afortunado en Gergovia, el jefe de los galos rechazó con grandes pérdidas al terrible procónsul y en seguida concentró su ejército en Alesia. Reuniendo César por su parte todas las legiones, sitió esa ciudad, rechazó victoriosamente á los que acudieron en su auxilio, y la ocupó al fin, manchándose con la muerte de Vercingetorix que noblemente se ofreció en holocausto á los romanos por salvar á su pueblo (52).

Con la ocupación de Alesia terminó la gran guerra, pero no la resistencia de los galos, y César se ocupó aun dos años en pacificar las muchas tribus que continuaban rebeldes. La moderación y la suavidad por él desplegadas en ese último período le allanaron la senda, y al comenzar el año 50 toda la Galia estaba sometida. La gloria de César reflejaba siniestra sobre mil ochocientas plazas tomadas y más de trescientos pueblos ó tribus vencidos; un millón de galos había herido de muerte la espada romana, y otros tantos, más dignos de lástima, fueron condenados á la esclavitud.

Rivalidad de César y Pompeyo (50—48).—Los triunfos de César en las Galias aumentaron la aversión que le había declarado el partido aristocrático, y el mismo Pompeyo, celoso del prestigio creciente de su antiguo compañero, unióse á los nobles con el fingido afán de velar por la república (52). Pero César espiaba desde sus campamentos lo que en Roma urdían sus enemigos y el oro de los vencidos galos se derramaba en la corrompida ciudad para comprar partidarios y cómplices. Esto no obstante, el Senado desechó su petición de conservar el mando de las Galias, ó en defecto

de éste el de Iliria, y le fijó un plazo para dejar aquel gobierno y disolver sus tropas, bajo la pena, en caso contrario, de declararle enemigo de la patria. En vano los tribunos Marco-Antonio, Curión y Casio Longino, amigos de César, interpusieron entonces su veto, pues fueron lanzados de la curia y se vieron obligados á refugiarse al lado del vencedor de las Galias, quien de esta suerte, apareció como protector de los violados derechos tribunicios. El Senado declaró á la patria en peligro, nombró á Pompeyo general en jefe, y previno á los cónsules que proveyesen á fin de que la república quedara ilesa.

César resolvió sorprender á sus contrarios con su rapidez acostumbrada, y después de arengar á las legiones que le obedecían, movióse aceleradamente desde los confines de la Alta Italia hasta el Rubicón, riachuelo que limitaba su gobierno de la Galia Cisalpina con la península italiana. Del otro lado de la humilde corriente no se le oponía más que un decreto que declaraba enemigo de la patria á quien la atravesase armado. César se detuvo algunos instantes considerando los horrores de la guerra civil que iba á comenzar, pero al fin exclamó: *la suerte está echada*, y atravesando el Rubicón se hizo dueño sucesivamente de las más importantes ciudades, ahuyentó á Pompeyo, á los cónsules y á gran número de senadores hasta el puerto de Brindis donde se embarcaron con dirección á Grecia, y entró en Roma (Marzo de 49), sin que en aquella felicísima campaña se vertiese una sola gota de sangre. Al mismo tiempo, sus tenientes Caninio Rebilo y Quinto Valerio subyugaban las importantes islas de Sicilia y Cerdeña.

Cayó en su poder el tesoro público que Pompeyo y los cónsules habían dejado en Roma; el pretor Emilio Lépido, uno de sus mejores partidarios, fué nombrado prefecto de la ciudad, é Italia quedó confiada á Marco-Antonio, investido de poderes propretoriales. Hecho esto, César se dirige á España, vence en una rápida campaña á los generales Afranio, Petreyo y Terencio Varrón, legados de Pompeyo, somete toda la península, vuelve á las Galias y reprime la insurrección de *Masilia* (Marsella), y entra por segunda vez en Roma para preparar su expedición contra Pompeyo.

Tantas ventajas se compensaron un tanto con las derrotas de su teniente Curión en Africa, y de sus partidarios Antonio y Dolabella en Dalmacia.

Revestido con el cargo de cónsul para el año 48, César desembarcó en las costas ilíricas y pudo derrotar á Pompeyo en Farsalia (territorio tesalio) el 9 de Agosto de 48; huyó el vencido á Lesbos donde se le unieron su esposa y su hijo Sexto y continuó su fuga á Egipto donde creía encontrar seguro asilo; seguíale de cerca el activísimo triunfador, pero al llegar á Alejandría supo que Plotino, tutor y ministro del joven Tolomeo XII, había dado muerte traidoramente al ilustre Pompeyo. No halagó á César tanta vileza y lejos de favorecer al monarca *lágida* exigióle el pago del resto de la suma que su padre Auletes prometiera al pueblo romano para obtener el título de rey, y luego, intimóle que cediese el trono á su hermana Cleopatra. Estalló con este motivo un levantamiento en Egipto; sofocólo César con su valor y habilidad de siempre, y muerto Tolomeo en uno de los combates, quedó Cleopatra—dueña algún tiempo del corazón del héroe romano—asentada en el trono egipcio, aunque bajo la tutela y soberanía de la república (Marzo de 47).

Fin de la República; dictadura y muerte de César (47-44). —Antes de volver á Europa dirigióse César contra Farnaces, rey del Bósforo Cimerio, que durante la guerra civil había tratado de recobrar los dominios de su padre, y vencido á Cneo Domicio Calvino, legado romano. Fué ésta una de sus más rápidas campañas, y no sin razón pudo escribir á Roma después de la derrota y destitución de Farnaces: *Vine, ví y vencí.* El reino del Bósforo fué dado á Mitrídates de Pérgamo, y Deyotaro, monarca gálata que había sido aliado de Pompeyo, se vió forzado á desprenderse de algunos de sus dominios que fueron agregados á Capadocia.

César volvió á Roma en el verano del año 47 donde exigían su presencia graves y multiplicados asuntos. Durante sus campañas en Grecia, Egipto y el Asia Menor había sido elegido cónsul por cinco años, dictador por uno, y jefe vitalicio de los tribunos con autoridad para ajustar la paz y declarar la guerra. La concen-

tración en Africa de muchos partidarios de Pompeyo acaudillados por Catón y unidos con el rey Juba de Numidia, le obligó á dirigirse á aquel continente, y en 6 de Abril del año de 46 derrotó en Thapsos á sus enemigos que perdieron cincuenta mil hombres. Catón, retirado en Utica, se dió á sí mismo la muerte antes que deber la vida á la generosidad de César, quien entró otra vez en Roma para celebrar con fastuosísimas fiestas sus triunfos sobre los galos, egipcios, bosforanos y númidas.

Nuevos honores y distinciones recibió entonces el que era ya señor del mundo romano, y el más importante de aquellos, desde el punto de vista político, fué el nombramiento de dictador por espacio de diez años, el cual le fué concedido en el año de 44 para toda su vida. Diósele el derecho de decidir de la paz y la guerra, de disponer del tesoro y del ejército, de nombrar á los gobernadores de las provincias y de ejercer las facultades de censor. Se le concedió la inviolabilidad de que gozaban los tribunos, y se le nombró *imperator* durante su vida, de manera que el nuevo funcionario, bajo el nombre de emperador, reasumió con ese título todas las atribuciones de los antiguos reyes y los altos poderes militares, jurídicos y administrativos, con lo cual, el Senado se convirtió de asamblea gobernante en una especie de Consejo de Estado. Ocupado César en transformar el Estado romano de conformidad con su nuevo modo de ser político, distrájole de sus arduas tareas el levantamiento de España, donde los antiguos republicanos en unión con los *pompeyanos* fugitivos de Thapsos y Farsalia, habían formado 13 legiones á cuyo frente se hallaban Cneo y Sexto, hijos de Pompeyo Magno, Labieno, Attio Varo y otros generales ilustres. En vista de esto, hubo de acudir el mismo dictador á la península hispánica (principios del año 45), donde atacó en Munda, cerca de la Córdoba actual, al grueso del ejército contrario. Fué esta batalla sangrienta y porfiada, y tanto, que César solía decir luego *que en otros combates había peleado para vencer, y en el de Munda para salvar la vida.* Sólo al caer la tarde pudieron las legiones del dictador desconcertar á sus enemigos, de los que mataron á cuarenta mil, hallándose entre estos Cneo Pompeyo, Labieno y Attio.

Sumisa y quieta España, su afortunado vencedor tornó á la capital del mundo romano (Septiembre de 45), dedicándose desde luego á la prosecución de sus interrumpidas reformas de administración y gobierno, y á preparar la guerra contra los *partos*, enemigos triunfantes de Roma en el Oriente desde la rota y muerte de Craso. Entre tanto, los hombres descontentos del partido republicano aristocrático, y los demócratas que veían indignados la consolidación de la dictadura perpetua, tramaban una conjuración contra la vida de César. Contábanse entre los conjurados como más notables Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Casio Longino y Marco Junio Bruto, yerno de Catón y favorecido singularmente por el dictador que había amado en otro tiempo á su madre Servilia. Escogieron la última sesión del Senado á que debía asistir César, antes de partir para el Asia (15 de Marzo de 44), y en aquella ocasión le rodearon con las espadas en las manos; atacáronle, y aunque herido mortalmente se defendió con bravura, pero al ver entre los asesinos á Bruto se cubrió la cabeza con su toga después de exclamar: *¡Y tú también, hijo mío!* y cayó exánime con veintitres heridas al pié de la estatua de Pompeyo, su antiguo y desdichado rival.

Marco-Antonio y los asesinos de César (44-43).—En vano Bruto y los demás conjurados salieron del teatro de Pompeyo blandiendo los ensangrentados aceros y gritando que habían librado á Roma del tirano; los ciudadanos, llenos de pavor al principio, clamaron tan alto contra los asesinos que éstos se guarecieron en el Capitolio, y Marco-Antonio, cónsul á la sazón y fiel partidario que había sido de César, se apoderó del tesoro público, en tanto que el Senado decretaba una amnistía general por lo pasado. Algunos días más tarde el mismo cónsul mandó que se leyese en público el testamento del dictador y cuando el pueblo oyó que á cada ciudadano se le dejaban tres mil sextercios, alzóse un inmenso gemido en la multitud, dolor que Marco-Antonio trocó en ira ponderable desplegando ante todos la ensangrentada toga que ceñía César el día de su muerte. Al llanto sucedieron las maldiciones, y la furiosa multitud corrió á quemar las casas de los asesinos, quienes huyeron de Roma.